



## Artículo

# Itinerarios estructuralistas. Lévi-Strauss, Barthes, Lacan

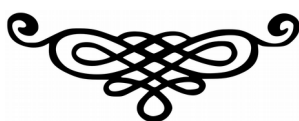
Reflexiones en torno a un legado sustantivo para la historia

**Damián López**

*Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de Quilmes*  
*damianlopez@gmail.com*

*Fecha de recepción: 25/10/2016*  
*Fecha de aprobación: 21/11/2016*

**D**esde fines de agosto a principios de octubre de este año se desarrollaron en la ciudad de Buenos Aires las jornadas “Momentos del estructuralismo, 1966-2016”, una serie de conferencias, proyecciones y actividades en espacios como el MALBA, Biblioteca Nacional y la Alianza Francesa, en conmemoración de los cincuenta años de la publicación de algunos de los más célebres textos estructuralistas, como *Escritos* de Jacques Lacan, *Crítica y verdad* de Barthes y *Las palabras y las cosas* de Michel Foucault. Este artículo comparte este renovado interés por el legado del estructuralismo francés, volviendo sobre algunos de sus autores y textos tempranos, y reflexionando sobre sus posibles aportes para la práctica histórica.



Entre los años cincuenta y sesenta del siglo XX emergió con fuerza una lectura estructuralista de lo social, que se opuso al humanismo y a la concepción moderna del sujeto como entidad fundante y unidad básica para el análisis. Siguiendo algunas líneas trazadas en primer lugar por el antropólogo Lévi-Strauss, Lacan, Althusser, Barthes y Foucault, entre otros, ofrecieron lecturas renovadoras de Freud, Nietzsche y/o Marx, tamizadas por la lingüística de Saussure y un afán de refundación epistemológica en distintas esferas de las humanidades y ciencias sociales. Como es bien sabido, el impacto de estas ideas fue enorme, y aún después de medio siglo resulta difícil calibrar hasta qué punto hicieron cambiar nuestra manera de ver el mundo.

El antihistoricismo del estructuralismo no ha significado a nuestro entender un ataque al análisis histórico sino al contrario, la base para plantear aspectos nodales que se mantienen como legado a destacar y recuperar desde la disciplina, repensando sus aportes y limitaciones. Volviendo sobre sus orígenes, nos proponemos realizar aquí un obligadamente breve y recortado itinerario, problematizando algunos aspectos clave de las propuestas elaboradas por tres autores estructuralistas sustantivos como Lévi-Strauss, Barthes y Lacan, los cuales marcaron por primera vez caminos poco explorados. Este recortado examen tiene así por objeto puntuar un recorrido a partir de problemas que iluminan alternativas para enriquecer nuestra comprensión sobre lo social, lo cual implica también, necesariamente, su historicidad.

### **Lévi-Strauss, el Padre fundador**

Desde sus primeros pasos en dirección a constituirse como disciplina específica, los padres fundadores de la sociología esgrimieron la metáfora organicista proveniente de la biología para delimitar su objeto de estudio específico. En sus *Reglas del método sociológico*, Durkheim comparaba la distancia entre los elementos químicos y los fenómenos biológicos con la existente entre la conciencia individual y los hechos sociales. Estos últimos se caracterizaban, en una definición célebre, por su carácter colectivo, conformando un universo diverso al de la mera suma de sus partes, y que por tanto se presentaba como externo y coercitivo para los individuos particulares:

las formas colectivas de actuar o pensar tienen una realidad que está fuera de los individuos, quienes en cada momento dado se adaptan a ella. Son cosas que tienen existencia propia. El individuo las encuentra completamente formadas, y no puede conseguir que no sean o que sean distintas de lo que son...<sup>1</sup>.

Robert Nisbet ha destacado la preocupación de las primeras reflexiones sociológicas del siglo XIX por el problema del orden en un contexto marcado por profundas transformaciones a partir de la “doble revolución”. Primero contra el iluminismo, luego contra las izquierdas y las ideas revolucionarias que denostaban un orden establecido visualizado como en descomposición, la pregunta por lo social confrontó al voluntarismo subjetivo que pretende crear un nuevo mundo a partir de la razón<sup>2</sup>. Así, al sujeto investido de la potestad para cambiar radicalmente sus circunstancias, los científicos sociales opusieron la fuerza objetiva de una “segunda naturaleza” que se le impone con fuerza casi irresistible. Desde su origen, el problema de la reproducción social constituyó uno de los pilares de la disciplina, dando lugar a una serie de dicotomías entre permanencia y cambio, norma y contingencia, sociedad e individuo, etcétera.

A partir del periodo de entreguerras fue desarrollándose una poderosa corriente de pensamiento sobre lo social que, profundizando aquella metáfora organicista, construyó modelos sistémicos donde la subjetividad quedaba subsumida a la reproducción. Complementariamente, una suerte de círculo homeostático aseguraba que las variables sociales condujeran a un equilibrio que terminaba subestimando los cambios diacrónicos y las contingencias. Bronislaw Malinowski desde la antropología y Talcott Parsons desde la sociología, entre otros, recurrieron al concepto de sistema como todo integrado, encontrando una coherencia en los elementos que lo componen de acuerdo a su función. De allí que se los haya denominado como funcionalistas o estructural-funcionalistas: como dictaba la tradición organicista, se enfatizaba que la totalidad relacional es algo distinto a la sumatoria de los elementos y que, visto en anverso, los elementos solo cobran sentido en sus interrelaciones; ahora bien, ese sentido (al que se arriba gracias al análisis científico) deviene sustancialmente de las funciones que llevan adelante. En esos modelos energéticos, finalmente, el sistema posee mecanismos de regulación que permiten su sostenimiento a lo largo del tiempo<sup>3</sup>.

---

1 Durkheim, Émile: *Las reglas del método sociológico*, Buenos Aires, La nave de los locos, 2002, p. 27 [original 1895].

2 Nisbet, Robert: *La formación del pensamiento sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1969, caps. 1 y 2, pp. 15-67.

3 La extensión de la metáfora biológica a la “energética” en el funcionalismo la tomo de Verón, Eliseo: “El análisis estructural en ciencias sociales”, en Niccolini, Silvia (comp.): *El análisis estructural*, Buenos Aires, CEAL, 1977, pp. 21-34.

La fórmula autorregulatoria y la racionalización de todos los elementos significativos al rango de función hicieron que el funcionalismo fuese criticado desde una miríada de posiciones. De todas formas, su influencia continuó siendo vigorosa por varias décadas, sobre todo en el ámbito anglosajón, especialmente el norteamericano. En paralelo, durante los primeros años de la segunda posguerra emergió una nueva perspectiva sistémica de lo social que, a partir del modelo lingüístico desarrollado por Saussure, trastocó los enfoques y métodos en una diversidad de disciplinas. Gracias a sus intercambios con el lingüista ruso Roman Jakobson durante su larga estadía en los Estados Unidos, Claude Lévi-Strauss desarrolló una serie de postulados y una metodología que cimentaron desde su tesis publicada en 1949, *Las estructuras elementales del parentesco*, el enfoque que en breve se denominaría estructuralista, de enorme impacto en Francia.

Siguiendo a Saussure, la lingüística estructural moderna partía de la oposición entre lengua y habla. El análisis científico debía concentrarse en la recomposición del sistema de la lengua, al cual se arribaba a partir del examen sincrónico de las diferencias. Esto suponía, en primer lugar, un ejercicio de abstracción frente a los actos de habla, en tanto éstos últimos eran entendidos como individuales y contingentes<sup>4</sup>. En segundo lugar, poner en suspenso la diacronía y el cambio histórico; esto provenía en gran parte del rechazo a las explicaciones evolutivas y por difusión, de enorme peso en la tradición lingüística. Tercero, la teoría de Saussure establecía una suerte de repliegue de la lengua sobre sí misma, ya que la doble cara del signo en significado (“concepto”) y significante (“imagen acústica”) dejaba como externo al objeto de estudio —“el signo” como elemento y “la lengua” como sistema— la referencia o denotación. Finalmente, la concepción del *valor del signo* de Saussure establecía que éste era definido por el juego de diferencias entre los signos, y no por su referencia o contenido: “en la lengua no hay más que diferencias. Todavía más: una diferencia supone, en general, términos positivos entre los cuales se establece; pero en la lengua sólo hay diferencias sin términos positivos [...] la lengua es una forma y no una sustancia”<sup>5</sup>.

---

4 “Al separar la lengua del habla se separa a la vez: 1) lo que es social de lo que es individual; 2) lo que es esencial de lo que es accesorio y más o menos accidental”, de Saussure, Ferdinand: *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada, 1986, p. 41 [original de 1916].

5 *Ibid.*, pp. 144 y 146.

Estos principios permiten entrever la distancia del estructuralismo con el funcionalismo. Sin negar que en muchos casos se produjeran combinaciones y ambigüedades, la centralidad otorgada por el primero al lenguaje como modelo del sistema a recomponer, su matriz antisustancialista y su tendencia al análisis en términos de oposiciones formales, compusieron una serie de problemáticas, potencialidades y limitaciones específicas. Buena parte de las mismas se establecieron tempranamente en la obra liminar de Lévi-Strauss, ya que fue allí donde se encaró por primera vez la tan fecunda como ardua tarea de repensar lo social a través de un modelo sistémico de matriz semiológica. El propio Saussure había especulado sobre la posibilidad de que en un futuro se estableciera “una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social”<sup>6</sup>, pero ni él ni sus continuadores habían avanzado demasiado en esta dirección. Ligada a la lingüística, esa ciencia no podía sin embargo ser una mera transposición ya que se trataba de analizar fenómenos muy diferentes al del sistema de la lengua. Es en este sentido que el trabajo de Lévi-Strauss se aventuró sobre aguas desconocidas, abriendo un nuevo espacio teórico.

La propuesta de Lévi-Strauss partía entonces de una apropiación de métodos y herramientas desarrollados para el análisis del lenguaje en función del esclarecimiento de hechos sociales como las relaciones de parentesco, los mitos, la magia, etc. Para que esto fuese válido, se presuponía que debían existir puntos en común entre estos campos y la lengua. Estos aspectos eran, en primer lugar, que se trataba de fenómenos que respondían a marcos colectivos que determinaban las posibilidades de las acciones individuales (Lévi-Strauss hablaba de categorías inconscientes)<sup>7</sup> y, en segundo término, que los mismos conformaban campos semióticos. Por tanto era posible trabajar “a la manera de una sistemática, cuya finalidad es identificar tipos, analizar sus partes constitutivas, establecer entre ellos correlaciones”<sup>8</sup>. Lévi-Strauss enfatizaba que ese trabajo implicaba una composición analítica a partir de los datos empíricos: el antropólogo social

---

6 *Ibid.*, p. 43.

7 “Se trata de un inconsciente más kantiano que freudiano, un inconsciente categorial, combinatorio; es un orden finito o el *finitismo* del orden, pero tal que se ignora a sí mismo. Hablo de inconsciente kantiano solamente por considerar su organización, pues se trata más bien de un sistema categorial sin referencia a un sujeto pensante; por esa razón, el estructuralismo, como filosofía, desarrollará una clase de intelectualismo profundamente antirreflexivo, antifenomenológico; pero además, ese espíritu inconsciente puede ser considerado como análogo a la naturaleza; es más, quizás sea naturaleza”. Ricoeur, Paul: *El conflicto de las interpretaciones. Ensayos de hermenéutica*, Buenos Aires, FCE, 2003, p. 36 [original de 1969].

8 Lévi-Strauss, Claude: *Antropología estructural*, Buenos Aires, Eudeba, 1968, p. XXIX [original 1958].

debe “seccionar” y abstraer una parte de los fenómenos para establecer sus relaciones significativas. De allí la importantísima aclaración de que “la noción de estructura social no se refiere a la realidad empírica, sino a modelos construidos de acuerdo a ella”<sup>9</sup> (o sea, de acuerdo a los aspectos significativos para la investigación).

Pese a que Lévi-Strauss se esforzó por diferenciar su propuesta de un formalismo extremo que no otorga ningún estatus relevante a los contenidos<sup>10</sup>, sus investigaciones y enseñanzas tendieron a enfatizar las formas “sintácticas” (código y reglas de combinación) de ordenación de los elementos. Contenido y referente del signo no fueron desechados, pero sí puestos en suspenso en la mayor parte de sus trabajos. Resulta palpable así la conexión con la reivindicación saussureana del análisis del signo a partir de la lengua y la puesta entre paréntesis del habla, los referentes y, sobre todo, los agentes de los actos de comunicación. Ahora bien, si esta hubiese sido solamente, como sostuvo muchas veces Lévi-Strauss, una propuesta metodológica fundada en contrarrestar una tradición empirista que impedía arribar a un sustrato formal profundo, y por tanto una etapa específica de la investigación a complementarse con otros estudios, nadie podría dudar de su fecundidad y vigencia. Sin embargo, el método que se presentaba en principio como estadio preliminar de otros prosiguió bajo una modalidad de generalización universalizante que suscita muchas dudas. Así, los alcances del método estructural no quedaban en la productividad del análisis inmanente, sino que se extendían hacia la elaboración de formas universales de aprehensión que terminaban estableciendo, tal como Paul Ricoeur ha sintetizado de forma brillante, “un kantismo sin sujeto trascendental, incluso un formalismo absoluto, que fundaría la correlación misma entre

---

9 *Ibid.*, p. 251. No es ocioso reproducir aquí las cuatro condiciones que según Lévi-Strauss debe cumplir un modelo para ser considerado una estructura: “En primer lugar, una estructura presenta un carácter de sistema. Consiste en elementos tales que una modificación cualquiera en uno de ellos entraña una modificación en todos los demás. En segundo lugar, todo modelo pertenece a un grupo de transformaciones, cada una de las cuales corresponde a un modelo de la misma familia, de manera que el conjunto de estas transformaciones constituye un grupo de modelos. En tercer lugar, las propiedades antes indicadas permiten predecir de qué manera reaccionará el modelo, en caso de que uno de sus elementos se modifique. En fin, el modelo debe ser construido de tal manera que su funcionamiento pueda dar cuenta de todos los hechos observados.” *Ibid.*, pp. 251-252.

10 Véase por ejemplo Lévi-Strauss. “La estructura y la forma (reflexiones sobre la obra de Vladimir Propp)”, en Niccolini, 1977, pp. 35-64 [artículo publicado originalmente en 1960].

la naturaleza y la cultura”<sup>11</sup>. A la diversidad de contenidos recabados por el etnógrafo, se le oponía una homología formal más allá del tiempo y el espacio:

la actividad inconsciente del espíritu consiste en imponer formas a un contenido, y si estas formas son fundamentalmente las mismas para todos los espíritus, antiguos y modernos, primitivos y civilizados [...] es necesario y suficiente alcanzar la estructura inconsciente que subyace en cada institución o cada costumbre para obtener un principio de interpretación válida para otras instituciones y otras costumbres, a condición, naturalmente, de llevar lo bastante adelante el análisis<sup>12</sup>.

Por otra parte, Lévi-Strauss rechazaba la adscripción del método estructural con una concepción de la sincronía y la diacronía que significase una oposición absoluta entre una modalidad estática frente a otra dinámica. Siguiendo a Jakobson, citaba un importante artículo sobre principios de fonología histórica en el que éste sostenía que “el corte estático es una ficción: es un procedimiento científico de auxilio, no un modo particular del ser”<sup>13</sup>. Luego de esta concesión, sin embargo, se establecían ejemplos de análisis estructurales en los cuales la sucesión (caso del cine o de las narraciones míticas) era descompuesta en ejes temáticos que terminaban adquiriendo clara preponderancia. Se trata, en fin, como el propio término de estructura lo indica, de una primacía de lo espacial sobre lo temporal, la constitución de una topología que dé cuenta de los pilares arquitectónicos del objeto de estudio. Es importante aclarar en este punto que Lévi-Strauss no negaba la rigurosidad que podía adquirir un examen situado en el espesor diacrónico y reflexivo, pero en su opinión ese acercamiento era propio de la disciplina histórica, ya que la antropología intentaba indagar el sistema de reglas inconscientes “profundas”. Por lo tanto, si bien es cierto que, como él mismo no se cansó de repetir, reconocía la importancia que podía tener el análisis histórico, su tajante diferenciación respecto a los objetos y al método en antropología, deja entrever por qué pudo habilitar lecturas más críticas de la tradición historiográfica: se ofrecía un modelo que garantizaba científicidad frente a su conjetura y vaguedad, y por otra parte se ponían en

---

11 Ricoeur, 2003, p. 53. Esta caracterización, al igual que su interpretación sobre el uso de la noción de inconsciente en Lévi-Strauss, fue formulada por primera vez en un artículo de 1963. El propio Lévi-Strauss las recogió positivamente un año después, reconociendo que daban cuenta de su método y objetivos. Véase Lévi-Strauss, Claude: *Mitológicas I. Lo crudo y lo cocido*, México, FCE, 1996, pp. 20-21 [original de 1964].

12 Lévi-Strauss, 1968, pp. 21-22. Luego de analizar mitos de diversas áreas geográficas, y compararlos, Lévi-Strauss sostiene: “cabe preguntarse si, de esta manera, no alcanzamos un modo universal de los datos de la experiencia sensible”. *Ibid.*, p. 206.

13 *Ibid.*, p. 82. Puede verse una aseveración similar en Jakobson, Roman: “El lenguaje común de antropólogos y lingüistas”, en *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Ariel, 1984, pp. 25-26 [el escrito original es de 1952].

cuestión las explicaciones genéticas o por simple contexto. Es necesario precisar, de todos modos, que esas críticas también provenían, aún en una modulación distinta a la de embates más radicalizados, de los propios historiadores sociales franceses para quienes, ya en los años cincuenta, la idea de una historia estructural no sólo no les era ajena, sino constituía todo un programa contra la tradición historicista.

Las primeras obras de Lévi-Strauss ofrecían además esbozos de un replanteamiento profundo acerca de la reproducción social. En primer lugar, su propuesta problematizaba la posibilidad de que el análisis estructural diese cuenta de una diversidad de órdenes con funcionamientos propios, y a la vez relacionados entre sí. Cada uno de estos órdenes contaría además con “ritmos de evolución” diferenciados<sup>14</sup>. Esto daría lugar a desfasajes, fricciones y contradicciones que, sin embargo, podrían estudiarse al componer unidades estructurales más abarcativas<sup>15</sup> (la noción de totalidad estructural no se encuentra presente en la obra de Lévi-Strauss más que como hipótesis). De allí se seguía una crítica al reduccionismo funcional y al presupuesto homeostático del funcionalismo: “decir que una sociedad funciona es una trivialidad; pero decir que en una sociedad todo funciona es un absurdo”<sup>16</sup>. En segundo lugar, y vinculado a lo anterior, Lévi-Strauss señalaba la tensión existente entre el sistema formal y las actitudes, lo que al mismo tiempo abría un espacio para pensar la continuidad de hábitos por fuera de su función (o sea, con una eficacia relativamente autónoma), y aún más relevante, la tendencia al desequilibrio y cambio:

Por mi parte, he propuesto una interpretación diferente, basada en una relación dialéctica entre actitudes y denominaciones. Las conductas diferenciales entre parientes tienden a organizarse sobre la base del mismo modelo que la terminología, pero constituyen también un medio de resolver las dificultades y superar las contradicciones inherentes a esta misma terminología. En consecuencia, las reglas de conducta entre parientes, en una sociedad cualquiera, traducirían un esfuerzo por resolver las contradicciones que derivan del sistema terminológico y de las reglas de alianza. En la medida en que las primeras tienden a constituirse en sistema, aparecen nuevas contradicciones que provocan una

---

14 Lévi-Strauss, Claude: “Introducción a la obra de Marcel Mauss”, en Mauss, Marcel: *Sociología y antropología*, Madrid, Tecnos, 1979, p. 20 [el original es de 1949].

15 “sabemos que una sociedad concreta jamás se reduce a su estructura o, mejor dicho, a sus estructuras (porque tiene muchas, en diferentes niveles, y estas diversas estructuras se encuentran a su vez, al menos parcialmente, ‘en estructura’. (...) [N]o postulo una suerte de armonía preestablecida entre los diversos niveles de estructura. Pueden muy bien hallarse –y ello ocurre a menudo– en contradicción unos con otros, pero las modalidades según las cuales se contradicen pertenecen todas al mismo grupo”. Lévi-Strauss, 1968, pp. 294 y 301.

16 *Ibid.*, p. 13.



reorganización de la terminología, la cual vuelve a afectar las actitudes, y así sucesivamente, salvo durante raros períodos de equilibrio, que se ven amenazados muy rápidamente<sup>17</sup>.

Esta posible dialéctica entre actitudes y nominaciones, que aún de forma rudimentaria abría un espacio teórico para pensar las modalidades de cambio y las prácticas, fue sin embargo más una respuesta defensiva de Lévi-Strauss frente a las críticas a su método por antihistórico y determinista, que una forma de análisis recurrentemente desplegada en sus estudios concretos<sup>18</sup>. En todo caso, como es sabido, la influencia inmediata de la obra de Lévi-Strauss llevó la impronta de una radicalización de algunos de sus postulados en función de una reacción en contra de las tendencias filosóficas hegemónicas en la Francia de los cincuenta (existencialismo, humanismo, fenomenología, etc.). Vale recordar, de todas maneras, que eran posibles otros desarrollos y lecturas de su propuesta estructuralista y que, en último término, el olvido sobre las posibilidades que muy tempranamente ofrecía aquél para repensar por ejemplo la agencia y las estrategias, puede entenderse como una estilización retrospectiva ante la cristalización de campos polémicos en años posteriores<sup>19</sup>.

### **Roland Barthes, la imaginación estructural**

El desafío de trasponer los métodos de análisis de la lingüística estructural a diversos campos de lo social tuvo a Lévi-Strauss como principal iniciador, y sus trabajos etnológicos abrieron el camino para que se explorase la fecundidad de esa nueva perspectiva sobre otros objetos de investigación. Efectivamente, muchos se sintieron poderosamente atraídos por el horizonte de posibilidades que parecía vislumbrarse, y el panorama intelectual francés se vio trastocado por una rápida ampliación, que al poco tiempo se convertiría casi en moda, del análisis estructural. Sin dudas, la figura de Roland Barthes ilustra como ninguna otra la fuerza de seducción de esas nuevas ideas, y un proceso de conversión que conjugaba el deslumbramiento

---

17 *Ibid.*, p. 282.

18 “Resulta interesante saber hasta qué punto y en qué proporción los miembros de una sociedad determinada respetan la norma, pero se trata de algo diferente del problema del lugar en que conviene ubicar esta sociedad en una tipología”. Lévi-Strauss, Claude: *Las estructuras elementales del parentesco*, Barcelona, Planeta/De Agostini, 1993, tomo I, p. 22 [original de 1949].

19 Véase, por ejemplo, la propuesta de Lévi-Strauss en relación a un conjunto de nociones como “partida, golpe, elección y estrategia”, en Lévi-Strauss, 1968, p. 270.

ante las potencialidades descubiertas y la concreta puesta en marcha de una imaginativa modalidad de repensar una miríada de fenómenos.

A comienzos de la década de 1950 Barthes había logrado cierto reconocimiento gracias a su notable trabajo sobre el desarrollo del concepto de escritura en la literatura francesa —su otro libro de este periodo, un original ensayo sobre Michelet, tuvo un impacto mucho menor—<sup>20</sup>. Convertido así en uno de los principales exponentes de la denominada nueva crítica, comenzó a escribir una serie de breves intervenciones en las que analizaba distintos aspectos de la cultura francesa. Del *catch* al tour de France, del *strip-tease* y el *music-hall* a la astrología, Barthes realizaba cáusticas exposiciones de temas que parecían expresar una visión nacional pequeñobuguesa, un verdadero cimiento ideológico caracterizado por una naturalización de la realidad y una pasmosa estrechez de miras. Los textos acometían especialmente contra los mensajes de los medios de comunicación de masas, desde el cine, el periódico y la fotografía hasta la publicidad y las revistas para el público femenino. En 1957, reunió una selección de estos materiales en un libro que se editó bajo el nombre de *Mitologías*, título que sintetizaba su rechazo hacia estos constructos contemporáneos que se asimilaban a lo falso cristalizado pero también —aquí se encuentra lo esencial— a algo significativo en términos de constitución de lo social.

El interés de este libro reside en que marca con bastante precisión el pasaje de Barthes a la constelación estructuralista. No porque en sus textos breves desarrolle de forma exhaustiva un análisis estructural, sino porque agrega, como largo epílogo a fines de 1956, un apartado denominado “El mito, hoy” en el que propone los rudimentos teóricos de una aproximación de ese tipo para leer los mitos contemporáneos. Barthes enfatizaba allí que dado que el mito constituye fundamentalmente una forma de significación, entraría en la órbita de los estudios semiológicos. El mito, desde su punto de vista, es un sistema segundo, una especie de metalenguaje que toma cadenas semiológicas previas de la lengua y las osifica como significantes de un significado “ya completo”: se trata de una naturalización y empobrecimiento a cargo de un sentido que deforma “sin abolir” (el mito no oculta ni hace desaparecer, solo empobrece cargando

---

20 Barthes, Roland: *El grado cero de la escritura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005 [original de 1953]; *Michelet*, México, FCE, 2004 [original 1954].

de un sentido predeterminado). Ahora bien, si esto es así la estructura mítica puede montarse sobre cualquier objeto y materia, y por lo tanto no existen fronteras *a priori* para el trabajo de análisis de los mitos: fotografía, literatura, cine, comida, juegos, deportes. En segundo lugar, el trabajo de desciframiento de los mitos sólo puede realizarse a través de una operación sincrónica:

Si pongo mi atención en un significante lleno, en el que distingo claramente el sentido de la forma y, por consiguiente, la deformación que uno produce sobre la otra, deshago la significación del mito, lo deshago como una impostura (...). Este tipo de enfoque es el del mitólogo: él descifra el mito, comprende una deformación<sup>21</sup>.

Quedaba así confirmada la pertinencia de los métodos provenientes de la lingüística para analizar una infinidad de materiales y objetos, o sea a partir de la articulación de su forma significativa (su sintaxis). Barthes asumía el riesgo de enfrentarse con fenómenos mucho más cercanos y polémicos que las culturas exóticas de Lévi-Strauss, lo que implicaba que pudiese acusárselo de arbitrariedad interpretativa y de desconocimiento de la complejidad, matices y contradicciones de los fenómenos que abordaba. Su primera respuesta fue que precisamente el mundo contemporáneo había dado lugar a una inflación de los fenómenos significativos, lo cual volvía más apremiante el desarrollo de herramientas semiológicas y que, respecto al análisis de los mitos, su carácter formal y empobrecido no era resultado del tipo de abordaje propuesto, sino del capitalismo y la hegemonía de la representación burguesa del mundo. De este modo, el método no hacía más que adaptarse estrechamente a las características del objeto. En cuanto a las posibilidades de que hubiese incurrido en arbitrariedades de interpretación, se hacía cargo plenamente de tal riesgo:

¿existe una mitología del mitólogo? Sin duda, y el lector verá claramente cuál es mi apuesta. [Aunque bien visto] no puedo plegarme a la creencia tradicional que postula un divorcio entre la naturaleza de la objetividad del sabio y la subjetividad del escritor, como si uno estuviera dotado de "libertad" y el otro de "vocación", ambas adecuadas para escamotear o para sublimar los límites reales de su situación...<sup>22</sup>.

Barthes asumía así el carácter constructivo de toda interpretación y, algo fundamental en el caso de un brillante escritor como era su caso, se negaba a abandonar su voz en la búsqueda de objetividad científica.

---

21 Barthes, Roland: *Mitologías*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1999, p. 131 [original de 1957].

22 *Ibid.*, p. 6.

En el mismo año 1957 Barthes publicó un artículo en la revista *Annales* que anticipaba un aspecto central de sus preocupaciones de su etapa estructuralista<sup>23</sup>. El texto reflexionaba sobre la necesidad de analizar los hechos vinculados al vestido desde un punto de vista sistemático. Esto es, realizar un estudio axiológico del vestido en término de los valores que reglamentan su uso. De forma explícita, Barthes tomaba la oposición de Saussure entre lengua y habla para diferenciar entre la indumentaria (en textos posteriores la denominación sería de “vestido”) como “una realidad institucional, esencialmente social, independiente del individuo y que es como la reserva sistemática, normativa, de donde extrae su propia forma de vestir”, y el vestuario, “una realidad individual, verdadero acto del ‘vestir’ mediante el cual el individuo actualiza sobre sí mismo la institución general de la indumentaria”<sup>24</sup>. Así, se proponía seguir un método de análisis semiológico inmanente tomando al vestido como “hecho social total en su función significativa”, o sea apartándolo de sus funciones en otros sistemas “externos” (aquí Barthes se amparaba en la autonomía de las formas de vestir respecto a otros sistemas de la historia general, criticando la tendencia a encontrar correlaciones simples y lineales), y reconstruyendo el sistema de sus relaciones de valor a partir de la distinción de un plano sincrónico frente al diacrónico o procesual. En este punto se realizaba una aclaración capital respecto al carácter tan sólo preliminar de tal operación, dada la necesidad de “aceptar la flexibilización de la noción de sistema, pensar las estructuras quizá más en términos de tendencias que en términos de equilibrio riguroso”<sup>25</sup>.

A pesar de que en los trabajos posteriores sobre este objeto Barthes repitió este último argumento, lo cierto es que delimitó aún más rígidamente la procedencia y temporalidad del corpus a analizar. Así, su investigación se recortó sobre el sistema de la moda escrita, o sea la que se encontraba en algunas revistas y periódicos, en el espacio de un año (la temporada 1958-1959). Tal elección permitía, en su opinión, reconstruir el sistema de la moda como “lengua”, suspendiendo los problemas relacionados con una sociología de la moda:

---

23 Barthes, Roland: “Historia y sociología del vestido. Algunas observaciones metodológicas”, en *El sistema de la moda y otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2008, pp. 347-362.

24 *Ibid.*, p. 354.

25 *Ibid.*, p. 358.

los objetos de la sociología y la semiología son radicalmente distintos; [mientras la primera tiene por objeto] sistematizar conductas que podrá relacionar con condiciones sociales, niveles de vida y roles desempeñados [la segunda] describe un vestido imaginario de principio a fin o, si se prefiere, puramente intelectual; no lleva a reconocer prácticas, sino imágenes<sup>26</sup>.

Bajo esta perspectiva llevó adelante un estudio de varios años que, a pesar de haber sido concluido en 1963, fue publicado como libro recién en 1967, con el título de *El sistema de la moda*. Influida por la obra del lingüista danés Louis Hjelmslev, quien extremó la posición de Saussure al formalizar aún más el universo de la lengua bajo el concepto de “esquema”, y al que probablemente conoció gracias a su amigo Algirdas Julien Greimas (lingüista de origen lituano que se desempeñaría como líder del grupo de investigación en semántica estructural)<sup>27</sup>, Barthes enfatizó la suspensión de variables ajenas a la significación y la constitución de un sistema sincrónico de inteligibilidad para el análisis semiológico, lo cual implicaba, a su vez, desconocer el universo de las prácticas.

En un breve texto de 1963, Barthes sintetizaba los aspectos centrales de la perspectiva estructuralista (en sentido amplio, no sólo desde el trabajo científico sino también el artístico) en torno al “recorte” y “ensamblaje” de elementos que permitiesen reconstruir una dimensión particular de determinado objeto, dando lugar a una inteligibilidad a la que no se arribaría mediante un intento (imposible) de *reproducir* lo real. Se trataría, en fin, de una mimesis muy particular, ya que no tendría nada que ver con el realismo (ingenuo):

Vemos pues por qué hay que hablar de actividad estructuralista: la creación o la reflexión no son aquí “impresión” original del mundo, sino fabricación verdadera de un mundo que se asemeja al primero, no para copiarlo, sino para hacerlo inteligible. Éste es el motivo de que pueda decirse que el estructuralismo es esencialmente una actividad de imitación, y en este aspecto, propiamente hablando, no hay ninguna diferencia técnica entre el estructuralismo científico de una parte, y la literatura en concreto, el arte en general, de otra: ambos proceden de una mimesis fundada no en la analogía de las sustancias (como en el arte llamado realista) sino en la de las funciones (que Lévi-Strauss llama homología)<sup>28</sup>.

---

26 Barthes, *El Sistema de la Moda*, en *Ibid.*, p. 26.

27 Sobre la figura de Algirdas Julien Greimas, su propuesta de gramática estructural radicalmente formalista, y su influencia en Barthes, puede verse el monumental trabajo de Dosse, François: *Historia del estructuralismo*, Madrid, Akal, 2004, tomo I, pp. 240-250 [original de 1991].

28 Barthes, Roland: “La actividad estructuralista”, en *Ensayos críticos*, Buenos Aires, Seix Barral, 2003. pp. 295-296 [artículo original de 1963].

Esta tajante demarcación respecto al realismo permite anticipar los principios bajo los cuales Barthes desmontaría, en un célebre texto de 1967, al discurso histórico “historizante”<sup>29</sup>: se demostraba allí como, en una operación en dos movimientos, el discurso histórico se posicionaría como exterior a una realidad que, en rigor, es interna al mismo, una composición del mismo — como sucede en cualquier narración— y luego, se colocaría en una relación invertida en la cual, al contrario, vendría a “copiar” esa “realidad”<sup>30</sup>. De esta forma, concluía, “en la historia ‘objetiva’, la ‘realidad’ no es nunca otra cosa que un significado informulado, protegido tras la omnipotencia aparente del referente. Esta situación define lo que podría llamarse el efecto de realidad”<sup>31</sup>.

En 1965, Barthes publicó en *Communications*, una de las revistas insigne de la nueva ola estructural francesa, un largo texto denominado *Elementos de semiología*<sup>32</sup>, en el cual sintetizaba su visión respecto a este campo hasta entonces poco transitado. El esquema expositivo se componía de cuatro oposiciones clásicas de la lingüística saussureana (lengua y habla, significado y significante, sintagma y sistema, denotación y connotación), replicando las tendencias formalistas a las cuales ya aludimos. Pero más allá de esta impronta, el texto relatava con entusiasmo la apertura de una nueva serie de problemas que podrían ser abordados al enfocarse en los sistemas de significación. Esos sistemas, según Barthes podían abarcar cualquier grupo de objetos y materias, por lo cual la semiología prometía una expansión enorme. En concreto, en el libro se citaban los casos del vestido (al cual como vimos dedicó una gran investigación), la cocina, el mobiliario y el mundo del automóvil, entre otros. En todo caso, nos interesa destacar aquí que hacia el final de este trabajo se repetía aquello ya señalado en 1963: el estructuralismo se define por construir un simula-

---

29 Utilizamos este término en el sentido polémico que le asigna *Annales* a una historia tradicional que tiene, sin embargo, modalidades muy diversas.

30 “Se llega así a esa paradoja que regula toda la pertenencia del discurso histórico (en comparación con otros tipos de discurso): el hecho no tiene nunca una existencia que no sea lingüística (como término de un discurso), y, no obstante, todo sucede como si esa existencia no fuera más que la ‘copia’ pura y simple de otra existencia, situada en un campo extraestructural, la ‘realidad’. Este discurso es, sin duda, el único en que el referente se ve como exterior al discurso, sin que jamás, sin embargo, sea posible acercarse a él fuera de ese discurso.” Barthes, Roland: “El discurso de la historia”, en *El susurro del lenguaje*, Barcelona, Paidós, 1994, p. 174 [artículo original de 1967].

31 *Ibid.*, p. 175.

32 Barthes, Roland: *Elementos de semiología*, Madrid, Serie B de Comunicación, n°6, 1971 [original de 1965]. Al año siguiente (1966) Barthes publicó en la misma revista *Communications*, en un famoso número 8 que presentaba una suerte de programa estructuralista en distintos campos, un importantísimo y muy influyente texto sobre el análisis de los relatos. Véase Barthes, Roland: “Introducción al análisis estructural de los relatos”, en Niccolini, 1977, pp. 65-101.

cro de los objetos observados. Esto implica seguir un principio limitativo en el cual los hechos son recogidos desde un único punto de vista. En el caso de la semiología, continuaba Barthes, ese recorte analítico se refiere a la significación: “se interroga a determinados objetos únicamente bajo el aspecto del significado que éstos conllevan, sin poner en cuestión —al menos desde el punto de vista preliminar, es decir, antes de que el sistema sea reconstruido en la medida lo más amplia posible— los demás determinantes (psicológicos, sociológicos, físicos) de tales objetos”<sup>33</sup>, Estos determinantes no son negados, sino puestos en suspenso, lo que permite un análisis inmanente. Lo mismo ocurre con los datos diacrónicos, gracias a lo cual el análisis puede enfocarse en las relaciones paradigmáticas entre los elementos, a partir de las cuales puede entreverse sus funciones. Nuevamente, Barthes destacaba el carácter preliminar de esas operaciones, sin embargo imprescindibles en las primeras etapas de investigaciones apenas esbozadas. La crítica a lo empobrecedor de tal artificio estructuralista, punta de lanza de ataques que no se hicieron esperar, debería tener presente, pese a su justeza, que la reconsideración de la temporalidad de las estructuras no podía hacerse bajo un retorno a una concepción de tiempo no problematizado. Así, al final de sus *Elementos*, Barthes llamaba la atención sobre el hecho de que, a fin de cuentas, aquel artificio permitía entrever un tiempo diferencial de los sistemas, tiempos que no eran expresión de ningún *a priori* cronológico, sino de una lógica de transformación a dilucidar:

Estas selecciones iniciales son puramente operativas y, necesariamente, son en cierto modo arbitrarias: no se puede predeterminar el ritmo de transformación de los sistemas, ya que la finalidad quizá esencial de la investigación semiológica (es decir, lo que habrá de encontrarse en última instancia) es precisamente el descubrimiento del tiempo propio de los sistemas, la historia de las formas<sup>34</sup>.

### Jacques Lacan, el Malestar en la estructura

Bajo la estela de Saussure, el análisis estructural dejaba fuera de su campo la diacronía y la acción individual. Como sostenía Lévi-Strauss, la exterioridad del sistema de la lengua aseguraba la irrelevancia del sujeto consciente como objeto de análisis, ya que éste simplemente actualizaba reglas que se le imponían como un inconsciente: “La lingüística nos pone en presencia de un ser dialéctico y totalizante, pero exterior (o inferior) a la conciencia y a la voluntad. Totalización no

---

33 Barthes, 1971, p. 99.

34 *Ibid.*, pp. 101-102.

reflexiva, la lengua es una razón humana que tiene sus razones, y que el hombre no conoce”<sup>35</sup>. El antropólogo, como vimos, debía por tanto recomponer los sistemas que, como la lengua, constituían formas sociales inconscientes. ¿Se podría guardar esperanzas en que, sin embargo, el conocimiento científico que prometía la aplicación de tales procedimientos diese lugar a una dialéctica de práctica consciente? Lévi-Strauss lo negaba, al sostener que por ejemplo, el conocimiento que el lingüista pudiese tener sobre su propia lengua no significaba que, en cuanto hablante, se viera menos compelido a seguir sus reglas. Esto conllevaba, por tanto, a una confrontación directa con la centralidad atribuida a la reflexibilidad y la conciencia histórica por las tendencias filosóficas hegemónicas en la Francia posterior a la Segunda Guerra, y especialmente con Sartre, el intelectual más influyente en aquel contexto. De hecho, la anterior cita corresponde al final de *El pensamiento salvaje* (1962), libro donde Lévi-Strauss polemizaba abiertamente —en un ajuste de cuentas ciertamente diferido— con los presupuestos desplegados en *Crítica de la razón dialéctica*, obra sartreana de 1960<sup>36</sup>. El ataque iba dirigido especialmente contra una concepción de la historia totalizante y continuista que para Lévi-Strauss no era más que un mito y que, para peor, suponía una insostenible visión eurocéntrica. Así, el humanismo sartreano no habría hecho más que hipostasiar la razón occidental, imposibilitando reconstituir el “pensamiento salvaje” en un pie de igualdad y, como contrapartida, desestabilizar una errónea mirada sobre sí a partir de la apertura hacia los otros. En ese contexto, Lévi-Strauss articulaba una de sus más célebres frases: “creemos que el fin último de las ciencias humanas no es constituir al hombre, sino disolverlo”<sup>37</sup>, punta de lanza del ataque estructuralista a un humanismo concebido como reducto idealista ciego a la crítica de sus propias condiciones de enunciación.

Como es bien conocido, la embestida al historicismo y el humanismo adquirió ribetes mucho más virulentos en otros autores estructuralistas, llegando a ser parte sustancial de su retórica. Esto fue así especialmente en el caso de quienes se encontraron en pugna con la tradición dentro del mismo campo filosófico, como lo atestiguan los trabajos de Michel Foucault y Louis Althusser. La más fundamental conmoción a las garantías brindadas por la conciencia y el sujeto provino sin embargo del psicoanálisis, disciplina que tenía por objeto su envés (el

---

35 Lévi-Strauss, Claude: *El pensamiento salvaje*, México, FCE, 1988, p. 365 [original de 1962].

36 Sartre, Jean-Paul: *Crítica de la razón dialéctica*, Buenos Aires, Losada, 1963 [original de 1960].

37 Lévi-Strauss, 1988, p. 357.



inconsciente), bajo la reformulación elaborada por Jacques Lacan. Pero tal vez lo más significativo sea que esa conmoción no significó aquí, como en aquellas críticas filosóficas, el borramiento absoluto del sujeto, sino su emplazamiento en una encrucijada de la cual emerge como excéntrico a sí mismo, descentrado. Los aspectos fundamentales de la propuesta se establecieron entre fines de los años cuarenta y principios de los sesenta, en paralelo a los primeros trabajos de Levi-Strauss, los cuales fueron una influencia decisiva para Lacan. Siguiendo sus huellas, la decisión de otorgarle un lugar central al lenguaje, con un muy particular uso del modelo aportado por la lingüística estructural, fue lo que sin dudas abrió el camino para una verdadera reconsideración de la obra freudiana que resituó al psicoanálisis como disciplina, frente al paulatino debilitamiento que había sufrido en el contexto francés.

Los primeros pasos en tal dirección se dieron en el marco de una investigación sobre la prematura conformación de un imaginario que se vinculaba a los comportamientos agresivos, o sea a aspectos constitutivos del sujeto humano. En un fundamental texto de 1949 en que revisaba un trabajo previo a la Guerra (de 1936), Lacan sostenía que la existencia de un estadio previo a la adquisición del lenguaje (y por tanto a la emergencia del sujeto) en que el niño se identifica con su imagen reflejada en el espejo, demostraba una prematura conformación imaginaria del yo, no coincidente con el cuerpo individual. Así, se establecería una relación de alteridad informe, en la cual la indiferenciación narcisista (ya que es previa a la dialéctica de la identificación con el otro) y la agresividad primarias recorren un yo anticipado, en “una línea de ficción, irreductible para siempre por el individuo solo; o más bien, que sólo asintóticamente tocará el devenir del sujeto...”<sup>38</sup>. O sea, que aún después de la constitución subjetiva, subsistirá bajo la forma de la enajenación de una experiencia (irrecuperable), con un correlato de agresividad que perdura de forma reprimida y rearticulada por la socialización. A partir de este descubrimiento Lacan propondría la configuración de un Orden Imaginario diferenciado del Simbólico, conceptos fundamentales de su renovación teórica. Aquí nos interesa destacar, sin embargo, que el desanudamiento del enigma presente en las obras de Freud sobre el origen de esa energía que el yo toma para poner al servicio del “principio de realidad”, solo fue posible a partir de una ruptura,

---

38 Lacan, Jacques: “El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, en *Escritos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1988, p. 87.

formulada explícita y radicalmente por Lacan, con ese “espejismo de objetivación” de la psicología clásica, que era el sistema de percepción-conciencia. Frente a este espejismo debía tenerse presente, en primer lugar, el “filtrado” de las sensaciones por el yo, todo lo que “ignora, agota y anuda en las significaciones que recibe del lenguaje”<sup>39</sup> y, sobre todo, que ese yo no es coincidente con el sujeto, sino el resultado de una articulación (conjunción de dos términos que se identifican ficcionalmente)<sup>40</sup>. Era por tanto imprescindible la toma de distancia del cogito cartesiano, al que se atacaba feroz y repetidamente. Pero esto tocaba también, tal como se explicitaba al final del texto, a la filosofía sartreana, ya que su promoción de la negatividad existencial “no la aprehende desgraciadamente sino en los límites de una *self-sufficiency* de la conciencia, que, por estar inscrita en sus premisas, encadena a los desconocimientos constitutivos del yo la ilusión de autonomía en que se confía”<sup>41</sup>. Lapidariamente, Lacan remataba que el existencialismo podría juzgarse por las justificaciones que daba a los callejones sin salida que el sujeto encontraba frente a una sociedad opresiva:

una libertad que no se afirma nunca tan auténticamente como entre los muros de una cárcel, una exigencia de compromiso en la que se expresa la impotencia de la pura conciencia para superar ninguna situación, una idealización voyeurista-sádica de la relación sexual, una personalidad que no se realiza sino en el suicidio, una conciencia del otro que no se satisface sino por el asesinato hegeliano<sup>42</sup>.

Durante los primeros años cincuenta, Lacan prosiguió sus elaboraciones recolocando al lenguaje como aspecto basal del psicoanálisis a partir de una muy particular utilización de los aportes de la lingüística estructural. Este énfasis en el lenguaje parecía pertinente, en primer lugar, desde el punto de vista de la práctica, donde evidentemente el habla del paciente juega un rol determinante. El analista intenta rastrear en el mismo, como en filigrana, las huellas de un discurso inconsciente, objeto sustancial de su tarea. Lacan insistió, contra aquella visión clásica del inconsciente freudiano como “un caldero hirviendo de instintos arcaicos (y, asimismo, inclinad[a] a aso-

---

39 La cita pertenece a un texto de 1948: Lacan, “La agresividad en psicoanálisis”, 1988, p. 109.

40 “El símbolo es diferente de lo que representa, ésta es su condición; de igual modo, el sujeto llamado ‘Jean’, o que se traduce ‘je’ (‘yo’) en el discurso, si se salva por esta denominación en cuanto que se inscribe en el circuito del intercambio, se pierde de otro lado a él mismo. Toda relación mediata impone una ruptura de continuidad inaugural de uno mismo consigo mismo, de uno mismo con el otro y con el mundo.” Rifflet-Lemaire, *Anika: Lacan*, Barcelona, Edhasa, 1971, p. 116.

41 Lacan, “El estadio...”, 1988, p. 92.

42 *Ibid.*, p. 92.

ciar el lenguaje con el pensamiento y la conciencia, más bien que con su opuesto)”<sup>43</sup>, no sólo que el lenguaje es condición de la constitución del inconsciente, sino que éste se estructura como un lenguaje. De esta forma, aun cuando fuese huidizo e inestable, se trataría de un área pasible de objetivar, reconstruyendo su forma de funcionamiento. François Dosse ha destacado la importancia de esta intervención, frente a las tendencias a una lectura biologicista —en la cual la pulsión es entendida como “instinto” algo que Lacan rechazó correctamente— y medicalizada de Freud dominante en la Francia de los cincuenta, que conllevaba una disolución del psicoanálisis en la psiquiatría. Así, se “aporta a la práctica analítica, además de las inspiraciones teóricas, garantías científicas sólidas, reglas de funcionamiento estrictas que le permiten establecerse como ciencia autónoma, con procedimientos claros que validan su grado de cientificidad”<sup>44</sup>.

Desde ese momento Lacan asimiló el Orden simbólico al lenguaje, otorgándole un absoluto predominio ya no sólo en la socialización, sino en la misma constitución del sujeto. El Orden Imaginario, sobre el que habían girado sus investigaciones hasta entonces, se mantuvo como sustrato rearticulado, regulado, y por lo tanto sólo accesible desde lo simbólico. La traslación del modelo lingüístico permitió por otra parte, por ejemplo, reinterpretar los mecanismos de desplazamiento y condensación freudianos en los términos de las figuras de la metáfora y la metonimia. Es fundamental aclarar aquí que a fines de desmontar el funcionamiento del lenguaje inconsciente, Lacan no siguió estrictamente el modelo de signo de Saussure, sino que lo reformuló de manera decisiva, al autonomizar la cadena de significantes respecto a los significados, y sostener incluso que su relación se hallaba mediada por una barrera de resistencia a la significación. De esta forma, significante y significado conformarían dos redes fluctuantes que no coinciden inequívocamente: el resultado sería un “deslizamiento incesante del significado bajo el significante”<sup>45</sup>. Resistencia a la

---

43 Jameson, Fredric: *Imaginario y simbólico en Lacan*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1995, p. 30. [original de 1977].

44 Dosse, 2004, t. 1, p. 125.

45 Lacan, Jacques: “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, en 1988, p. 482. [artículo original de 1960, a partir de versión preliminar de 1957]. A comienzos de los sesenta Lacan terminó de definir esta diferenciación con Saussure, al rechazar el concepto de signo para la conformación y escisión del sujeto del inconsciente, a favor del significante: “Los signos son plurivalentes: representan sin duda algo para alguien: pero de ese alguien el estatuto es incierto, lo mismo que el del lenguaje pretendido de ciertos animales, lenguaje de signos que no admite la metáfora ni engendra la metonimia.”, Lacan, “Posición del inconsciente”, 1988, p. 819. [el artículo original es de 1960, pero reescrito en 1964].

significación y deslizamiento del significado permitirían entrever la relación entre consciente e inconsciente: una interacción no coincidente, por la cual el segundo emerge de las lagunas del primero: “el inconsciente, a partir de Freud, es una cadena de significantes que en algún sitio (en otro escenario, escribe él) se repite e insiste para interferir en los cortes [lapsus, actos fallidos, etc.] que le ofrece el discurso efectivo y la cogitación que él informa”<sup>46</sup>.

A partir de estas líneas maestras Lacan prosiguió una vigorosa actividad teórica que terminó por definir, como destaca desde el título de uno de los textos incluidos en sus *Escritos*, una verdadera subversión del sujeto<sup>47</sup>. Contra toda versión sustancialista, el sujeto no sería más que efecto de una nominación que, en una definición típica del estructuralismo, sólo encuentra su sitio en su relación de oposición con otros. Dada la primacía otorgada por Lacan al significante, se entiende así su tan célebre como bastante críptica frase, “un significante representa un sujeto para otro significante”<sup>48</sup>: el sujeto se halla descentrado, dividido, porque su misma constitución mediante el lenguaje (mediante una representación) implica su exclusión de la cadena de significantes (una alienación irreductible). El que se constituye es así, según Lacan, un sujeto barrado, “\$”, que se vincula con, y excluye a su vez, al yo primigenio e imaginario del “estadio del espejo”. El significante se emplaza así como lugarteniente de un yo que sólo a través del lenguaje “aparece”, inserto en una cadena de significantes. El sujeto aparece barrado, porque en rigor no es más que la causa ausente de una cadena significativa: una ausencia que sin embargo se halla representada en la estructura significativa por un sustituto.

En rigor, Lacan agrega a esta división constitutiva del sujeto por su aparición en la cadena significativa —a la cual denomina enajenación— una segunda operación que la viene a complementar, y que llama “separación”. Lo sustancial es que aquí se establece una dialéctica entre el sujeto y el Otro (la Ley representada por los padres o sus sustitutos) bajo la cual se conforma la dinámica del deseo a partir de una carencia constitutiva: “el sujeto viene a encontrar en el deseo del

---

46 Lacan, “Subversion del sujeto y dialéctica del deseo”, 1988, p. 779.

47 *Ibid.* pp. 773-807.

48 Lacan, “Posición...”, 1988, p. 819. O sea, se establece la nominación a partir de un significante (lugarteniente del sujeto) que, como todo significante, obtiene su valor de su relación de oposición con los otros significantes.

Otro su equivalencia a lo que es él como sujeto del inconsciente. Por esta vía el sujeto se realiza en la pérdida en la que ha surgido como inconsciente, por la carencia que produce en el Otro, según el trazado que Freud descubre como la pulsión más radical y a la que denomina: pulsión de muerte<sup>49</sup>. Jacques Alain Miller ha llamado la atención sobre el hecho que Lacan configuró la relación entre el sujeto y el Otro basándose en la lectura de Kojève sobre la dialéctica del amo y el esclavo hegeliana, lo que se encontraba muy lejos de la concepción de Saussure del habla como relación comunicativa simétrica entre emisor y oyente. Así, el énfasis puesto en el habla al que ya nos referimos anteriormente, implicaba además la configuración de un circuito mediado y asimétrico entre ambos polos:

es a partir de aquí, de la estructura del habla, que el Otro se impone con su O mayúscula. Al respecto, lo que Lacan considera, llama, nombra ‘palabra verdadera’, es una palabra donde el sujeto no se designa a sí mismo más que por alusión, es decir situando de entrada al Otro que lo escucha para volver a encontrar en su retorno su propio estatuto<sup>50</sup>.

Ahora bien, la “separación” implica entonces una falla constitutiva, bajo la forma de carencia, que coloca al sujeto en una dinámica del deseo estructurado en relación al Otro. De allí la célebre frase lacaniana “el deseo es el deseo del Otro”<sup>51</sup>.

Esta frase solo es comprensible, sin embargo, si tomamos en consideración que el Otro es también para Lacan el propio lenguaje, o sea la estructura lingüística que determina, como ya vimos, la constitución del sujeto (escindido). De esta forma, Lacan superpone dos formas de estructuración, la de la lengua y la del circuito del deseo, vinculada la primera a la sincronía y la metáfora, la segunda a la diacronía y la metonimia. Como ha subrayado Fredric Jameson, esto permitió reunir dos instancias que el estructuralismo tendió a separar, bajo “una concepción de la lengua como estructura lingüística, cuyos componentes pueden ser tabulados, y una concepción de la lengua como comunicación, que permite una dramatización virtual del proceso lingüístico (emisor/receptor, *destinaire/destinateur*, etcétera). El ‘Otro’ de Lacan es el sitio de esta superposición,

---

49 *Ibid.*, pp. 821-822.

50 Miller, Jacques-Alain: “S’ truc dure”, en *Matemas II*, Buenos Aires, Manantial, 1990, p. 100. [el artículo francés es de 1981]. Realizamos leves correcciones en la traducción del original.

51 “el deseo del hombre es el deseo del Otro, donde el ‘de’ da la determinación llamada por los gramáticos subjetiva, a saber la de que es en cuanto Otro como desea (lo cual da el verdadero alcance de la pasión humana)”, Lacan, “Subversión del sujeto...”, 1988, p. 794.

que constituye al mismo tiempo la *dramatis personae* de la situación edípica [...] y la propia estructura del lenguaje articulado mismo”<sup>52</sup>. Miller, por su parte, sostuvo lo mismo al decir que Lacan configuró un esquema que reunía lengua y habla, pero extrajo consecuencias más radicales respecto a las diferencias que así se establecían con el estructuralismo: si el sujeto obtiene por una parte un estatuto desconocido por el estructuralismo —aún como sujeto escindido, barrado—, implica también un término que descompleta el conjunto de los significantes, por no poder contarse más que como una falta (no una mera ausencia, dado que un suplemento toma su lugar). Por otra parte, a distancia de toda concepción constructivo-analítica de la estructura —el “simulacro” planteado por Barthes —, Lacan planteó su carácter causal, que podía recomponerse a partir de la lógica del significante, en sus circuitos concretos, o sea, por

los efectos que la combinatoria pura y simple del significante determina en la realidad donde se produce. Pues el estructuralismo ¿es o no es lo que nos permite plantear nuestra experiencia como el campo donde “ello” habla? Si es así, “la distancia a la experiencia” de la estructura se desvanece, puesto que ésta opera en ella no como modelo teórico, sino como la máquina original que pone en ella en escena al sujeto<sup>53</sup>.

Por último, es necesario introducir un elemento central de la propuesta lacaniana. Ya a principios de los cincuenta, el autor de los *Escritos* elaboró su famosa trilogía, que incluía los Órdenes del Imaginario y Simbólico, de los cuales ya hablamos, a los cuales sumó un tercero, el de lo Real. Lo Real se presenta como aquello que se resiste a la simbolización en forma absoluta, un resto que se mantiene como no integrado (que sea un resto significa que tiene incidencia estructurante, aunque no sea estructurable, por lo cual sólo se lo puede rastrear por sus efectos). Lo sustancial aquí es que este resto es un núcleo que juega un papel determinante en la configuración del deseo y las fantasías que constituyen al sujeto. A comienzos de los sesenta, Lacan puntualiza la noción de *objeto a* como objeto de la falta, objeto vehiculizador del deseo, y que vincula a lo Real. Se trata por tanto de un objeto asociado a un núcleo traumático, que va a ser central para la economía deseante del sujeto, mientras su sentido se le escapa permanentemente. El sujeto, como vimos, se constituye a partir de una división, que ahora se enfatiza, se configura en referencia a este objeto, que en rigor enviste una pérdida tan irrecuperable como constitutiva. El *objeto a* no es más

---

52 Jameson, 1995, p. 29.

53 Lacan, “Observación sobre el informe de Daniel Lagache”, 1988, p. 629.

que un núcleo elusivo que canaliza el deseo, pero es evanescente y transicional, en la medida en que puede modificarse, sustituirse y sobre todo, no hace más que señalar una falta. Por esto, más allá de la importancia que pudo tener este descubrimiento para el análisis clínico, nos interesa destacar aquí que el mismo deja entrever la mirada pesimista de Lacan, que Jameson define como trágica, en la cual se “considera el ‘problema’ del deseo como estructuralmente irresoluble, como un problema permanente y un dilema ‘existencial’ en su misma naturaleza”<sup>54</sup>.

Pero este pesimismo, como han destacado numerosos lectores de Lacan, alcanzó también al núcleo mismo del estructuralismo, al considerar que el sujeto barrado, escindido, es también nodal en la conformación de una falla estructurante, y en último término, condición ella misma de la estructura. El sujeto es marca, como vimos, de un significante que “está en lugar de” (una falta); ahora bien, desde el punto de vista de la cadena significativa, se trata de un índice que también falta, siendo, según dice Lacan “significante de una falta en el Otro. [...] puesto que la batería de los significantes, en cuanto es, está por eso mismo completa, este significante no puede ser sino un trazo que se traza de un círculo sin poder contarse en él”<sup>55</sup>. Lo importante, en todo caso, es que entonces para Lacan la propia estructura, más que incompleta, es inconsistente, o sólo se sostiene a partir de una falla que le es constitutiva, consecuencia radical de su planteo que más arriba vimos que enfatizaba su discípulo Miller. Como sintetiza Žižek, al tratar la relación entre simbólico e imaginario, y el carácter disruptor y a la vez articulador de un objeto que viene a “rellenar” o suplementar esa falla: “el gesto básico del ‘estructuralismo’ consiste en reducir la riqueza imaginaria a una red formal de relaciones simbólicas: lo que no ve la perspectiva estructuralista es que esta estructura formal está ligada por un cordón umbilical a algún elemento material radicalmente contingente que, en su simple particularidad, ‘es’ una estructura, la encarna. ¿Por qué? Porque el gran Otro, el orden simbólico, siempre está *barré*, falto, tachado, mutilado, y el elemento material contingente encarna este bloqueamiento interno, este límite de la estructura simbólica”<sup>56</sup>.

---

54 Jameson, 1995, p. 59.

55 Lacan, “Subversión...”, 1988, pp. 798-799.

56 Žižek, Slavoj: *El sublime objeto de la ideología*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1992, p. 238.

## Conclusiones

El recorrido por algunos aspectos centrales de la obra de Lévi-Strauss, Barthes y Lacan de los años cincuenta y sesenta del siglo XX parece habernos llevado a enhebrar una tríada de emergencia/fundación del paradigma, expansión, y esbozo de su conmoción. No tenemos problemas en confirmar esa intención, siempre y cuando se entienda que se trata de una figuración ilustrativa que apenas ronda la riqueza de estos autores, y que su valor ejemplar no implica que creamos que a partir de los mismos podamos presentar los trazos de las múltiples modalidades estructuralistas. Desplegado sobre diferentes áreas y disciplinas, abordando una pluralidad de objetos, mixturándose con otras perspectivas, tradiciones y autores, dando lugar a voces originalísimas que llegaron a conjugar en una gama de matices el optimismo cientificista con un pesimismo crítico respecto a las seguridades previas, el análisis estructural no conformó una formulación unívoca.

Así y todo, no cabe duda sobre la importancia de la obra temprana de Lévi-Strauss, influencia decisiva para la generación estructuralista. Padre fundador, entonces, por su ánimo a adentrarse en aguas desconocidas, dejando una estela fascinante, que pudo seguirse con diversos grados de fidelidad. Podemos encontrar, al menos en su letra, una serie de claves que pueden ser de ayuda para repensar el legado estructuralista, algo que por supuesto debería completarse tomando en cuenta a muchos otros autores y, sobre todo, a las discusiones posteriores al acotado marco temporal que hemos tomado aquí. Pero no creemos, en todo caso, que sea vano ordenar esa indagación a partir de las posibilidades y limitaciones de ese “primer estructuralismo”. Resumimos, entonces, algunos de los aspectos que al finalizar nuestro recorrido, nos resultan especialmente significativos, teniendo en mente que nuestro objetivo principal es reflexionar sobre la importancia de ese legado para la historia.

En primer lugar, nos parece fundamental destacar la distancia establecida desde el inicio con el funcionalismo. A pesar de que existan afinidades que llevaron a que algunos investigadores intentaran una confluencia entre ambos, resulta sustancial considerar que se trata de corrientes distintas, y que al menos Lévi-Strauss se encargó de enfatizar sus diferencias. El pensamiento estructural tiene como postulado maestro la idea de que “solo se conoce a través de las diferencias”, y esto implica que los elementos a analizar conforman un sistema en el cual cada uno adquiere



determinado valor de acuerdo a su posición respecto a los otros. Hay por tanto una tendencia a fundamentar el análisis en una suerte de ontología no sustancialista, lo que lo aleja del organicismo “ingenuo” del funcionalismo. También, como vimos, Lévi-Strauss criticó los principios de totalidad y reproducción homeostática funcionalista, posición que debe recordarse en la medida en que no fue seguida del todo por algunos autores estructuralistas posteriores.

En segundo lugar, los planteos de Lévi-Strauss habilitaron a pensar lo social en términos de una diversidad de órdenes compuestos estructuralmente, relativamente autónomos y que a la vez se interrelacionan. Cabe aclarar que si bien esto no fue un aspecto central de sus trabajos tempranos, donde solo fue esbozado, fue largamente desarrollado por autores como Althusser y Bourdieu, cuyas obras son difícilmente concebibles sin este precedente. De aquí surgió también, como es bien conocido, una problematización sobre las temporalidades diferenciales de cada uno de los sistemas, algo también adelantado por Lévi-Strauss, y decisivo para la disciplina histórica.

En tercer lugar, Lévi-Strauss siempre enfatizó el carácter analítico de las estructuras. El investigador compone un modelo para dar cuenta de las relaciones significativas “profundas”. Se trata, como hemos visto, del “simulacro” de la operación estructuralista que Barthes colocaba como piedra angular del método. Hay aquí, en último término, una asunción “kantiana” de la oposición entre datos empíricos descoordinados y categorías analíticas ordenadoras en la cual la composición de la estructura resulta estratégica para revelar la opacidad de lo dado. Esta oposición entre modelo y realidad llevó a que muchos viesan en el estructuralismo un formalismo extremo. Lévi-Strauss rechazó esas críticas pero siempre mantuvo la distancia entre la composición del modelo y lo fenoménico: una multiplicidad “caótica” a la que solo se conoce “seccionando” una de sus partes, elaborando una serie estructural que, esto es sustancial, nunca abarca la totalidad de ese complejo.

Ahora bien, más allá de las reservas de Lévi-Strauss sobre las posibilidades de dar cuenta de la totalidad social<sup>57</sup> —actitud que sería rechazada por otros estructuralistas—, nos interesa destacar aquí que su kantismo implícito conlleva a una serie de problemáticas vinculadas al

---

57 Creemos que esta fue la actitud de Lévi-Strauss, a pesar de que en cierto momento haya sostenido que su tarea iba encaminada a lograr, en un futuro, un acercamiento a la ambición de recomponer el “acto social total” del que hablaba Marcel Mauss. Véase Lévi-Strauss, 1979, pp. 23-27.

carácter “construido” del objeto de investigación y su relación con los fenómenos de los que quiere dar cuenta. Se trata, para decirlo rápidamente, de buscar el punto medio entre una fructífera crítica al empirismo que destaca la “puesta en escena” del investigador (De Certeau), pero sin recaer en un relativismo en el cual las categorías de análisis sean presentadas como mera operación subjetiva, forma impuesta al material, y por el contrario componer una analítica extraída de propiedades ciertas (algunos dirán “verosímiles”) de los fenómenos estudiados. Esto, por supuesto, se encuentra de todos modos muy lejos de ser un problema que afectaría solamente a esta perspectiva de análisis.

Hemos visto como para Lacan, en cambio, la estructura no es un mero modelo. Hay por tanto en su propuesta una rigurosa causalidad estructural, y un condicionamiento de la experiencia, fundamentalmente en la propia constitución subjetiva. Pero aquí nos interesa destacar especialmente que se esboza en su concepción la posibilidad de pensar las estructuras como falladas, inestables, lo cual abriría el camino al planteamiento posterior de la contingencia como condición de la estructuración (especialmente bajo algunos de los autores que fueron por esto mismo etiquetados como “postestructuralistas”). Ese desplazamiento del estructuralismo permitiría a su vez repensar, la historicidad de las series, que no podrían ya presentarse en los términos de andariveles osificados. Algo que, como puede entreverse, será central para superar cierto esquematismo y mecanicismo que se asoció al uso del estructuralismo en ciencias sociales y, especialmente, la historia.

Es preciso contemplar, de todas formas, que el absoluto privilegio de la sincronía en este primer estructuralismo (aspecto lo suficientemente ejemplificado aquí por el trabajo de Barthes) estableció una limitación para el análisis de los fenómenos sociohistóricos. Esta fue una crítica que se le dirigió permanentemente, y sería necio negar que solo a partir de una concepción que tome en cuenta la diacronía estructural —arduo trabajo, ya que prontamente se diría que se trata en sí mismo de un oxímoron— es posible una recuperación de su legado. Pero aclaramos que esto es diferente a sus célebres críticas contra el historicismo, que en nuestra opinión se mantienen como fructíferas problematizaciones acerca de *una forma* de hacer historia. También deberían considerarse las críticas que le fueron dirigidas a la historia (como lo hicieron Lévi-Strauss y Barthes) por no hacerse cargo de sus propias condiciones de enunciación.

Lo mismo puede decirse, para concluir, acerca de la tan repetida cuestión del sujeto en el estructuralismo. Su radical borramiento, resulta sin dudas un grave inconveniente que le fue reprochado infinidad de veces. Pero qué duda cabe, el sujeto y la subjetivación no puede pensarse de la misma manera desde el estructuralismo. Hay además, como hemos visto aquí, una profunda reflexión acerca del sujeto en Lacan. No solo desde él, pero necesariamente con él, el descentramiento del ego es un principio fundamental para cualquier reflexión sobre lo social. El rescate de la figura de las prácticas, orientación modular de las ciencias sociales luego del momento estructuralista<sup>58</sup>, solo puede plantearse, en todo caso contra, pero también mediante, ese rico legado sobre el que aún es pertinente que volvamos a discutir.

---

58 Algo que por otra parte se ha hecho fundamentalmente considerando el problema de la significación en los agentes, o sea mediante una semiótica, y desde ese punto de vista como respuesta al desafío estructuralista, desde el cual lo social es incomprensible sin que sean tomadas en cuenta sus articulaciones discursivas.